

Presentación de *El alfabeto verde*, de Tatiana Oroño

Esta es la celebración alegre, muy alegre, de una comunidad. Y pienso, efectivamente, que somos todos los que estamos aquí, una comunidad. Somos una comunidad primero porque el libro ha salido dentro de una comunidad de poetas cuyo sello es Ediciones de la Balanza. En segundo lugar porque estamos acogidos por esta casa favorable de la Asociación Cristiana. Porque estamos rodeados de este ambiente tan propicio como es la pintura de Dumas Oroño. Somos una comunidad porque muchos de nosotros estamos unidos por viejos lazos de una amistad que ha resistido los embates de los tiempos y las tristezas. Y somos, finalmente, todos, amigos o no, una comunidad porque todos somos ese tipo de gente que es la clientela del arte, o los pordioseros del arte. Somos los que venimos a las exposiciones, los que leemos poesía, los que escuchamos música, los que estamos pidiéndoles a los creadores que nos den pautas, pistas para afirmarnos en lo que somos y para confirmarnos en el camino que hemos elegido. Y los creadores, los poetas, son aquellos que ven donde nosotros no vemos o no sabemos ver, son los que saben descifrar lo que ven, y saben reestructurarlo y entregárnoslo después en forma de mensaje. Esto es lo que estamos celebrando, que Tatiana Oroño, en *El alfabeto verde* haya hecho una de esas decodificaciones de la realidad, de la vida, del hombre, de ella misma, y que nos lo haya dado en este libro. En este libro que, ya les anuncio, no es un libro fácil. Es un libro bello y difícil. Un libro que no se entrega a la primera lectura. Es un libro complejo porque es de alguna manera la historia

Agradecemos a Tatiana Oroño por la transcripción de la presentación de *El alfabeto verde* realizada por Mercedes en la Asociación Cristiana de Jóvenes el 17 de setiembre de 1979. En las páginas siguientes reproducimos una carta que Mercedes envió a Dumas Oroño con motivo de una muestra del pintor.

de una vida, la vida de Tatiana Oroño. Una vida dicha sin anécdotas, sin sentimentalismo, sin delirios de la sensibilidad, una vida contada con un rigor, con una arquitectura muy precisas. Una vida que va apareciendo a través de las distintas secciones en que está dividido el libro. Las dos primeras partes –En clave de certezas y Los polvos del día– son el rescate de los objetos, el rescate del pasado, de la infancia de Tatiana, de la de su madre, de la vida de su abuela. Luego viene un sector, La sangre descifrada, en el que la poeta se instala en un tiempo histórico que es, como para muchos de nosotros, el tiempo de los amigos ausentes. El octavo sacramento es la gloria del cuerpo bajo la luz, en el agua, frente al vino. La parte más hermética, difícil, profunda, madura –El alfabeto verde–, es la proyección de salida en el hijo y en toda la búsqueda ontológica y metafísica que hace, que dice la poeta.

Pero esta especie de recorrido temático por el libro, la poeta lo presenta en el primero de los poemas, que se titula “Aquí”.

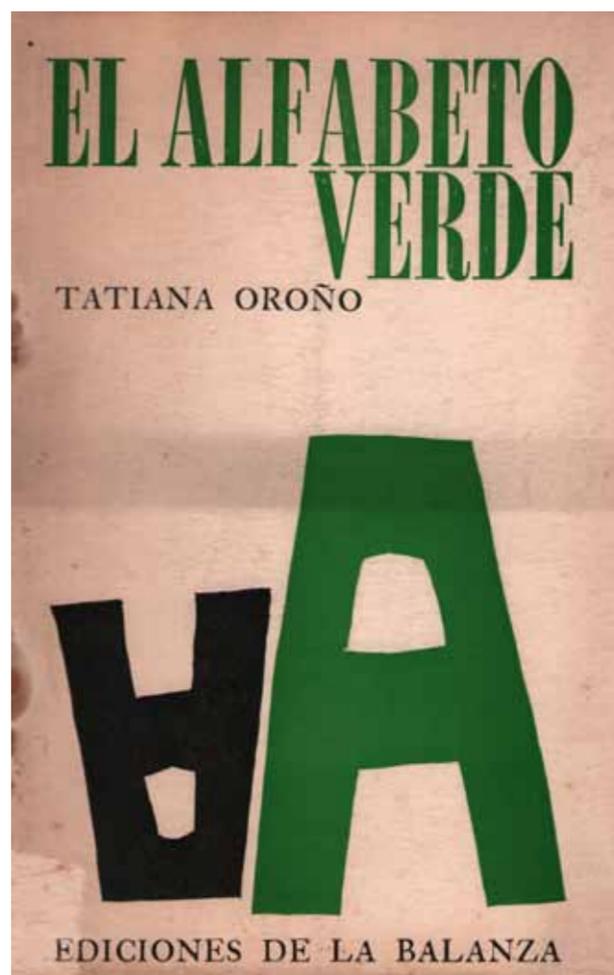
Quiero escribir los versos
que se aten
a lo que conocí, a las cosas que quise.
Versos restitutos
de los tiempos que fueron
como animales mansos
masticando las briznas de mi primera vida.

Quiero escribir un verso en donde cante
mi ligadura al modo que viví
mi destino grupal, mi infatigable rumbo
de célula compleja.

(Y que se escriba
con el corazón alto y un latido
perdiguero y delgado.)

Yo creo que muy pocas veces leí una cosa tan hermosa como estos tres versos finales que para mí son el mensaje del libro. Dice que escribe “con el corazón alto”. Eso es lo que yo le pido a todo arte. Para mí esto es toda una postura frente a la vida. El corazón nunca abatido, siempre en alto por el amor, buscando, pero siempre invencible. Y buscando en este libro que tiene muchos poemas marcados por ese signo del “corazón alto”, todos ellos son así; encontré uno que se llama “Razones” que tiene la cifra de este “corazón alto” para ver la vida. Me toca mucho. Creo que nos toca mucho. Dice: “Hay que saber perder [...]”

Hay que saber perder



y al acercarse
tocar
con la mano segura
[pájaro a pájaro
la sanguínea medusa
tocar
como a una fruta
la curva del dolor
la floral taciturna
medida
del fracaso
el dolor zumo espuma
o esfera
invertibrada
como inocente copa de llovizna secreta
en la cesta grupal de panes y derrotas
donde caben
la mano

las uvas
las almendras.

Volviendo a los tres versos finales que estoy siguiendo, me detengo en el adjetivo que puso a la palabra “latido”: “perdiguero”. Todo el libro es una infatigable carrera implacable en busca de la cosa que quiere decir, y con ese instinto certero que tiene el perro de caza, ella persigue la memoria. Este “latido perdiguero” va tratando de reconstruir hacia atrás un pasado, los lazos, las raíces.

En el poema “Los polvos del día” dice:

Mi infancia tiene rotas las losas del umbral

Las enfundadas salas aguardan
en espejos
evaporados lisos
de olvido y de metal

Suben guías de hiedra
tentaculares hojas sigilosas
por el hueso de piedra amurallada
y el tallo vegetal de mi niñez retoña
diminutos racimos de glicinas amargas

Allí
bajo los arcos
de la tarde baldía
en un jardín claustral
va la memoria
con sus frágiles hebras remecidas

Allí
en la poniente
gloria
de los polvos del día, mi infancia

sobre el lienzo
de las tardes
bordaba
con hilos vespertinos
los primeros fantasmas.

Así como en este atravesar la memoria el “latido perdiguero” es infalible para decir ese augurio de tristeza, ese “latido perdiguero” a veces se aplica a una cosa, a un objeto determinado y preciso. Hay dos poemas en el libro que yo diría son nietos directos, naturales y legítimos de Dumas Oroño. “Canto de línea”, el poema al jarro blanco, y el de la botella, “Piedra libre”, título exacto. Es el perdiguero que busca y encuentra, “piedra libre”. Son nietos de

Dumas porque solamente alguien que ha estado mamando la pintura, viendo y sintiendo el olor del aceite y del aguarrás de un taller de pintor, puede perseguir así un objeto y dejarlo dicho para siempre.

Qué glotona la B de la botella
qué gollete

qué cresta

y qué tirante

el brillo
el gallardete crispado del reflejo
en el trasluz
de los vidrios desnudos

en la muda
sangrada
embocadura.

Yo estoy haciendo una simplificación muy elemental sobre el libro de Tatiana, naturalmente... Sí, este perdiguero persigue las cosas... Pero hay algo tremendamente dramático desde el punto de vista de la creación en este libro y es que en el último poema, “De la verdad”, el verso final dice: “estoy velando con aliento de presa perseguida”. Aquel “latido perdiguero”, acosador, se vuelve acosado. Acosado por la búsqueda de la verdad. Entrar en este sentido abismal en el que todavía no terminé de caerme y de llegar al fondo me resulta imposible. Dejo que los lectores busquen esta cosa intensa y tremenda que tiene también este libro.

Libro, como decía, iniciado por el poema “Aquí”, cuyos tres últimos versos he tomado como guía para el recorrido. Y allí, la última palabra es “delgado”, “un latido, perdiguero/ y delgado”. Este adjetivo entiendo yo está traduciendo la finísima sensibilidad, una sensibilidad que no se permite jamás un exceso, pero que para mí está pauta en este poema que uno no se atreve casi a leer, mucho menos a comentar. Se trata de “Lo que vive”:

Toco tu mano hijo

y desde el piso se alza

el cuerno de la muerte

embravecido

embiste
asesta
cela

la carne acurrucada.

Estoy
temblando.

Este poema para mí es la pauta de algo que tiene además la poesía de Tatiana que es ser antirromántica. Para mí es poesía clásica pura. Porque en el momento en que ella pudo haber hecho el desborde del sentimiento sólo verifica un hecho, “estoy temblando”. Pero ese hecho absolutamente objetivo tiene toda la carga emocional.

Este hijo es el vértice donde termina la historia personal de Tatiana Oroño en este libro tan personal. El mismo hijo acaso, u otro, es el que hace nacer el poema que da título al libro, el poema se llama “Sí”.

Solías alzar la luz

sacudir el sollozo
y el solaz

y desatarnos las palmas
y las culpas

hijo

cuál es el rostro
el arco
que se curva en la noche
y te borra la sangre resplandeciente

quiero clarear palabras

anillarme a los ecos de tu sangre

y llevarme a los labios
el alfabeto verde
que te sube a los ojos.

Cuando Tatiana me llevó los originales de su libro

yo le discutí un poco el título y le dije que no me gustaba porque claro no había comprendido lo que quería decir ese “alfabeto verde” que a mí me sonaba a poesía surrealista. Es absolutamente todo lo contrario. Cuando ella, inclinada frente al hijo que despierta, ve en la mirada del niño un alfabeto verde que le sube a los ojos, está viendo y postulando lo que es su designio de vida y lo que es el mensaje que ella nos entrega. Es decirnos y decir a través de este hermoso libro, que cada día tenemos que abrir los ojos a pesar del dolor con la mirada de un niño que ve, así, germinalmente, la vida. Vencidos una y otra vez por la historia, y así como es, ella entrega en su libro lo que vio en los ojos de su hijo, un alfabeto verde para volver a silabear la realidad, la vida y la historia.

Nada más... No, un momentito. Yo sé que a Tatiana le gustaría que yo leyera un poema. Lo voy a leer.

“Elegía”, poema escrito en homenaje a Nibia Sabalsagaray. Un homenaje cifrado. Su texto es bien distinto a los poemas que habían circulado clandestinamente cuatro años antes. Por supuesto, carecía de dedicatoria.

Emboscada tu sangre dividida

espiga
astilla
estrella

estaba

el haz de sangre
trepando

la fugaz
fogarada
de tu aliento brevísimo

y un mar de muda música
el abismo celular de tu muerte
cuajando por el cuarzo
de tu valor

amartillando el yunque del silencio.

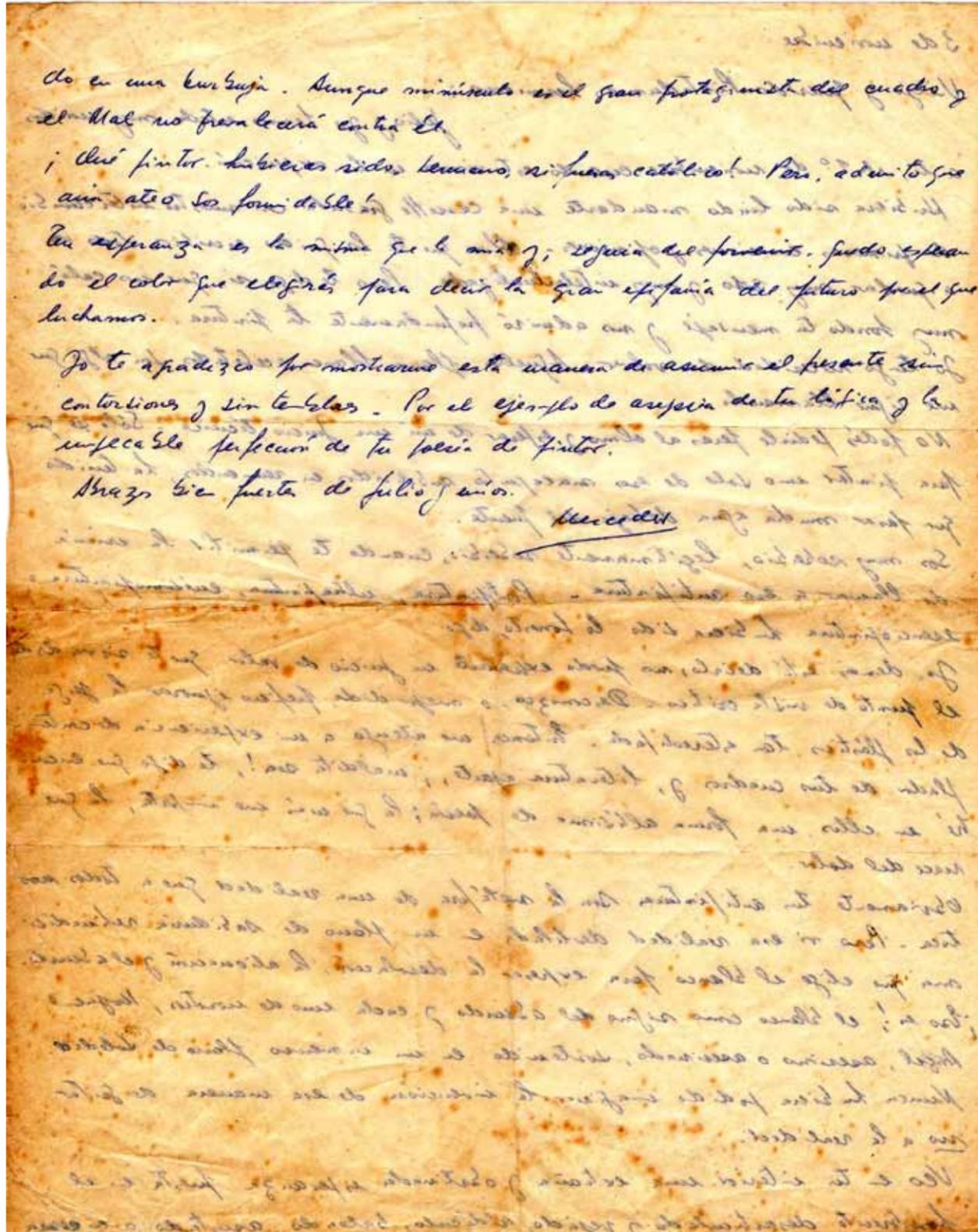
5 de noviembre
Viejo y querido pintallumas, hermano...
Julio y yo hemos estado muy unidos
a ti, el 1º de noviembre cuando estuvimos en la exposición...
Hubiera sido lindo mandarte una casette grabada con nuestros discursos...
de primera, ensucios y opiniones... Ahora que te lo he escrito, todo va
a quedar muy seco y muy intelectualizado. Pero te digo, sin que sea algo
muy fondo tu mensaje y me admiró profundamente tu pintura...
Yo te go necesito de volver a aquella pluma blanca a los lados...
me refiero llamando a eso...
No podés pedirle fea al alma y esperar de un juicio técnico... Solo se fue
para pintar uno solo de esos macapitos cubiertos en remolinos, ha tenido
que pasar mucha agua debajo del puente.
Soy muy soberbio, legítimamente soberbio, cuando te permití la erinia
de llamar a eso anti-pintura - Post-pintura, ultra-pintura, existim-pintura o
essenc-pintura...
Yo, de más está decirlo, no puedo expresarte un juicio de valor que te sirva desde
el punto de vista crítico... Desconozco, o mejor dicho, prefiero ignorar la jerga
de los plásticos, tan estereotipada... Entonces me atengo a mi experiencia de contempla-
dor de tus cuadros y, literatura aparte, ¡maldita sea!, te digo que encon-
tré en ellos una forma altísima de poesía; la que más me importa, la que
nace del dolor.
Obviamente tus anti-pinturas son la metáfora de una realidad que a todos nos
toca... Pero ni esa realidad distorsionada en un plano de sabiduría...
una que elige el blanco para expresar la desolación, la alienación y el silencio...
¡Eso es! el blanco como signo del silencio y cada uno de nosotros, ángel o
ángel, asesino o asesinado, sostenido en un inmenso plano de silencio...
Nunca hubiera podido imaginar la inclusión de esa manera de girar
nos a la realidad.
Veo en tu interior una extraña y obstinada esperanza puesta en el
hombrecito desarticulado y vejado, ridículo, balanceado, arastado o en coma...

“Yo, de más está decirlo, no puedo expresarte un juicio de valor que te sirva desde el punto de vista crítico. Desconozco, o mejor dicho, prefiero ignorar la jerga de los plásticos, tan estereotipada. Entonces me atengo a mi experiencia de contemplador de tus cuadros y, literatura aparte, ¡maldita sea!, te digo que encontré en ellos una forma altísima de poesía; la que más me importa, la que nace del dolor”.



Mercedes en la presentación de *El alfabeto verde*, 1979.

La macumba y otros cultos afro-brasileños en Montevideo



“Tu esperanza es la misma que la mía y, segura del porvenir, quedo esperando el color que elegirás para decir la gran epifanía del futuro por el que luchamos”.

La esclavitud en el Uruguay

“Acuchá Chachá
al Cubo del Sur
vamo a lavá...”

(Candombe colonial recogido por Rubén Carámbula)

Distintos autores señalan a 1680, año de la fundación de la Colonia del Sacramento, por los portugueses, como la fecha más probable para el ingreso de negros a la Banda Oriental.

Sin embargo, un hecho significativo nos permite afirmar que la fecha pudo ser anterior. Al puerto de Buenos Aires llegaban los cargamentos de los traficantes negreros desde principios del siglo XVII, y en ese puerto, no solo el tráfico sino el contrabando adquirieron enormes proporciones.

Al iniciar Hernando Arias de Saavedra, Hernandarias, su 4º período como Gobernador de la Provincia del Paraguay y el Río de la Plata, resuelve realizar un juicio a varios vecinos del puerto de Buenos Aires, por contrabando de negros, según Raúl Molina, en *Hernandarias el hijo de la tierra*.

Los traficantes portugueses, traían, en sus navíos, la carga consignada y un buen número de *piezas* de contrabando. Estas últimas eran desembarcadas en los barriales y, si las condiciones de represión impedían el desembarco, ahogadas ahí mismo. En caso de desembarcarlas, iban a remate en aquel puerto, desde donde salían para Córdoba, San Miguel de Tucumán y Potosí.

Este pleito cuesta a Hernandarias su cargo, pues su severidad en hacer cumplir los reglamentos vigentes, y su probidad, entran en colisión con los grandes intereses del tráfico. Dice Raúl Molina que al amparo de éste se gestaron una buena parte de las fortunas argentinas actuales.

Puede más la fuerza económica de los inculpados y a pesar del prestigio de Hernandarias, éste pierde su cargo, se indispone con la Corona, y es despojado enteramente de sus bienes. En 1619 el pleito llenaba 16.000 folios.

Con respecto a los períodos de ingreso, el Dr. Petit Muñoz considera, primero, uno de penetración

Junto a América Moro, Mercedes realizó una investigación de carácter antropológico sobre las prácticas religiosas de origen afrobrasileño. Esta publicación formó parte de “Temas del siglo XX”, serie impulsada por Ediciones de la Banda Oriental que a comienzos de los ‘80 abarcaba temas de carácter político, cultural, económico y social.

Tomado de: Moro, América y Ramírez, Mercedes. *La macumba y otros cultos afro-brasileños en Montevideo*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1981.